



LECCIÓN 211~ Sexto Repaso
[191] Soy el santo Hijo de Dios mismo.

Comentario de Sarah:

Esta Lección es, una vez más, un recordatorio de que realmente somos el Santo Hijo de Dios Mismo. Para nosotros, puede sonar arrogante. Podemos aceptar que Jesús es el santo Hijo de Dios, pero ¿podemos aceptarnos a nosotros mismos como lo mismo que él e iguales a él? Jesús nos dice que nos acerquemos a este pensamiento **“En silencio y con verdadera humildad...”** (L.211.1.2)

¿Por qué nos resulta difícil? Es difícil porque percibimos la Voluntad de Dios como temerosa, lo cual, dice Jesús **“demuestra que tienes miedo de lo que eres.”** (T.9.I.1.4) (ACIM OE T.9.X.90) Tenemos miedo de nuestra propia realidad, que no es un cuerpo, ni una personalidad, ni un autoconcepto, sino el Santo Hijo de nuestro Santo Padre. **“Si el propósito de este curso es ayudarte a recordar lo que eres, y tú crees que lo que eres es algo temible, de ello se deduce forzosamente que no aprenderás este curso. Sin embargo, la razón de que el curso exista es precisamente porque no sabes lo que eres.”** (T.9.I.2.4-5) (ACIM OE T.8.X.91) Jesús continúa diciendo que no pedimos lo que queremos porque tenemos miedo de recibirlo. Tenemos miedo de un estado de libertad ilimitada del falso yo porque todavía es un estado desconocido para nosotros en su mayor parte. Estamos muy familiarizados con el yo aprisionado y nos hemos acostumbrado a las limitaciones que creemos que nos definen.

Nuestra verdadera voluntad es la Voluntad de Dios y es conocer el Ser que somos como el Santo Hijo de Dios. Sin embargo, en lugar de ello, hemos sustituido una voluntad falsa y **“se lo sigues pidiendo al maestro [el ego] que no puede dártelo.”** (T.9.I.7.4) (ACIM OE T.8.X.96) Lo que realmente queremos es ser felices y sólo podemos tenerlo cuando nos unimos a nuestra verdadera voluntad. ¿Qué es lo que pedimos en su lugar? Pedimos las cosas que creemos que nos harán felices, como relaciones especiales, reconocimiento, dinero, seguridad o placeres mundanos, todos los cuales son sustitutos de lo que realmente queremos. El falso yo se dedica a conseguir lo que cree que le falta, por lo que constantemente buscamos fuera de nosotros lo que creemos que nos hará felices. Pensamos erróneamente que encontraremos paz y felicidad en las cosas que tratamos de conseguir. Sin embargo, cuando ponemos la atención en estas cosas, no estamos pidiendo nada. Lo que obtenemos es dolor, porque todas las cosas que pensamos que nos traerán placer al final nos dejan sin nada. No conducen a la felicidad, sino que la alejan, aunque invirtamos una enorme energía en perseguir lo que no tiene valor. Cuando recurrimos al ego para conseguir lo que creemos que queremos, nos adentra aún más en la oscuridad. Nos desvía de la paz y la alegría inherentes a nosotros.

Hoy, en cambio, nos dirigimos a la Verdad que hay en nosotros, y aceptamos nuestra realidad como el Santo Hijo de Dios. No basta con afirmarlo porque no podemos anular el ego sin mirarlo. Aceptar la verdad de lo que somos requiere mirar los pensamientos que ocupan nuestra mente. Estos pensamientos incluyen una larga lista de objetivos que compiten entre sí. Incluyen lo que creemos que tenemos que lograr, las preocupaciones que tenemos, lo que tememos que pueda ocurrir o los placeres que perseguimos. Aferrarnos a estos pensamientos y planes nos mantiene muy ocupados y alejados de la conciencia del amor que somos. Cuando entregamos estos pensamientos, planes y objetivos que interfieren al Espíritu Santo y pedimos Su ayuda, somos devueltos a nuestro centro. Cuando nos hacemos a un lado de nuestro camino, nuestras metas y nuestras ideas, mirándolas con honestidad y coraje, pero sin juzgarlas, entonces se hace el espacio para la verdad. El Ser que somos es la conciencia expansiva e ilimitada detrás de nuestros pensamientos. La verdad mora en nuestra mente recta, donde siempre ha estado. El Espíritu Santo es el símbolo de la verdad interior y el puente hacia Dios.

Aceptar que no sabemos y que estamos equivocados en todo lo que nos hemos enseñado requiere verdadera humildad. Ser verdaderamente humilde es dejar de lado todo lo que creemos saber. Es un acto de profunda entrega. Es dejar de apegarnos a nuestras propias ideas. No prestar atención a los pensamientos obsesivos de la mente reconociendo que no son nuestros pensamientos. No nos pertenecen y no tienen realidad a menos que elijamos creerlos. El parloteo continuará en la mente, pero no necesitamos escucharlo. Simplemente retiramos nuestro interés y atención. Se trata de dejar que nuestros problemas percibidos sean traducidos por el Espíritu Santo, que no ve problemas.

Hace poco, un amigo perdió un avión y se sintió bastante angustiado por lo ocurrido. Significaba que tendría un plazo de tres horas para esperar el siguiente avión. Entonces se dio cuenta de que, al disponer de todo ese tiempo, podía unirse al grupo del Curso al que quería asistir. No estaba cerca, pero pudo conectarse en línea. Su "problema" podía verse ahora como una bendición y una oportunidad. Esto sólo podía ocurrir porque estaba dispuesto a renunciar a su malestar y a buscar la bendición disponible para él. Los problemas reflejan el apego a un concepto de cómo creemos que deberían ser las cosas. Nos aferramos a algo del pasado, a alguna necesidad, a algún anhelo, a alguna expectativa, a algún deseo o a alguna exigencia de que las cosas sean diferentes de lo que son. Nunca podremos satisfacer las necesidades del pasado en el presente, a pesar del esfuerzo que hagamos para ello. Nunca podremos estar decepcionados hasta que hayamos determinado (designado) cómo deben ser las cosas para nuestra felicidad.

Dejar ir nos permite recibir. No se trata de disociarse de los pensamientos y sentimientos, ya que esto es sólo un intento erróneo de obtener el control tratando de protegernos de resultar heridos. Soltar de verdad es reconocer nuestros disgustos, pero luego reconocer que la fuente de la felicidad no tiene nada que ver con nada externo a nosotros. La fuente de nuestra felicidad está en nuestro interior. Sólo es evidente para nosotros cuando traemos nuestras perturbaciones a la verdad y las colocamos en el altar interior. Se necesita valor y voluntad para mirar al ego, entregar nuestras perspectivas y nuestro control, liberar nuestras dudas, miedos y creencias, y fundirnos en Su abrazo. Tememos la rendición porque la vemos como un acto de derrota cuando, en cambio, es la entrega de lo que no tiene valor por algo de valor infinito para nosotros. Es renunciar a nada a cambio de todo.

Hoy, busco la gloria de Dios en el lugar de mi mente donde habita la verdad. Vengo con profunda humildad a conocer mi Ser y a reconocer que esta verdad es la misma para todos. **“Puesto que mi voluntad es conocerme a mí mismo, te veo a ti como el Hijo de Dios y como mi hermano.”** (T.9.II.12.6) (ACIM OE T.8.XI.119) Lo que la humildad requiere es un reconocimiento de que lo que pienso, percibo y creo está equivocado. No sé nada. Mi forma de

entender cualquier cosa es extremadamente limitada y limitante. Mis juicios se basan siempre en lo que veo, que es falso. Con humildad, me dirijo a Aquel que sabe y le pido: "Muéstrame cómo ver esta situación, este hermano y este acontecimiento a través de Tus ojos y no de los míos".

Hoy estuve tentada de corregir a un hermano que percibí que estaba equivocado en sus ideas. Me sentí desestimada por su comunicación hacia mí y sentí que debía aclarar las cosas con el pensamiento de que yo estaba siendo útil. Como había un juicio subyacente sobre él, reconocí que no era del todo honesta en cuanto a mis motivos. Pedí guía y me dirigieron al siguiente pasaje. **"Hay que atacar a aquel que es "peor" que tú, de forma que tu especialismo pueda perpetuarse a costa de su derrota. Pues ser especial supone un triunfo, y esa victoria constituye la derrota y humillación de tu hermano. ¿Cómo puede vivir tu hermano con el fardo de todos tus pecados sobre él? ¿Y quién, sino tú, es su conquistador?"** (T.24.I.5.7-9)

Hoy, ofrecemos esta práctica al Espíritu Santo para que nos guíe, utilizando nuestro tiempo matutino durante al menos quince minutos para establecer la dirección de nuestro día y recordando la verdad cada hora en punto y con frecuencia entre medias.

Además, **"Cuando la tentación te asedie** [a disgustarte por algún acontecimiento, persona o circunstancia de hoy], **apresúrate a proclamar que ya no eres su presa, diciendo: No quiero este pensamiento. El que quiero es _____.** **Y entonces repite la idea del día y deja que ocupe el lugar de lo que habías pensado."** (L.RIV.IN.6.1-3) Esto es muy importante para ayudarnos a recuperar la paz en medio de cualquier circunstancia que nos angustie. Miramos todos los pensamientos angustiosos en nuestra mente, nos recordamos el pensamiento del día y lo abrazamos en su lugar. Luego, al llegar la noche, entramos en nuestro tiempo de meditación con el pensamiento **"No soy un cuerpo. Soy libre. Pues aún soy tal como Dios me creó."** (L.211), seguido del pensamiento del día: **"Soy el santo Hijo de Dios mismo."** (L.211.1.1) Lleva al Espíritu Santo a tus sueños y despierta con la Lección en tus labios. Los beneficios pueden ser enormes. Nos saca de la rutina del ego de los pensamientos obsesivos que nos mantienen en la desesperación. Al desprendernos de esos pensamientos y volvernos al Espíritu Santo, conectamos con nuestra inocencia y santidad innatas.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca